

el disponer del executar, que marchó la mañana siguiente, llevando consigo á los Mensageros, y orden para que se procuráse adelantar con recato hasta ponerse cerca de la ciudad: y caso que hubiese algun rezelo de trato doble, se abstuviese de atacar la poblacion, y procuráse romper antes á los Mexicanos, llamandolos á la batalla en algun puesto ventajoso.

Corre voz de que viene Guatimozin al socorro.

Vuelvense á inquietar los de Narbáez.

Descubrese un ejército en la montaña.

Iban todos alegres y de buen ánimo; pero á seis leguas de Tepeáca, y casi á la misma distancia de Guacachúla, donde hizo alto el ejército, corrió voz de que venia en persona el Emperador Mexicano á socorrer aquellas ciudades con todo el resto de sus fuerzas. Decíanlo así los paisanos, sin dar fundamento en el origen de esta noticia; pero los Españoles de Narbáez la creyeron y la multiplicaron sin oír razon, ni atender á las órdenes. Contradecían á rostro descubierto la jornada, protestando que se quedarían, con tanta irreverencia, que llegó á enojarse con ellos Christoval de Olid, y á despedirlos con desabrimiento: amenazandolos con el enojo de Cortés, porque no les hacia fuerza el deshonor de la retirada. Y al mismo tiempo que trataba de proseguir sin ellos su marcha, se ofreció nuevo accidente, que si no llegó á turbar su constancia, puso en compromiso la resolution, y el acierto de la misma jornada.

Vieronse descender tropas de gente armada por lo alto de las montañas vecinas, que se iban acercan-

do en mas que ordinaria diligencia: y le obligaron á poner en orden su gente, creyendo que le buscaban ya los Mexicanos: en que obró lo que debia: que nunca dañan á la salud de los exércitos los excesos del cuidado. Pero algunos caballos que adelantó á tomar lengua, volvieron con aviso de que venia por Capitan de aquellas tropas el Cacique de Guaxozingo, á quien acompañaban otros Caciques sus confederados con ánimo de asistir á los Españoles en aquella guerra contra los Mexicanos, que tenían ocupada la frontera, y amenazados sus dominios. Mandó con esta noticia que hiciesen alto las tropas, y viniesen los Caciques á verse con él, como lo executaron luego. Pero de lo mismo que, al parecer, debían alegrarse todos, se levantó segunda voz en el ejército, que tomó su principio en los Tlascaltécas, y comprehendió brevemente á los Españoles. Decían unos y otros que no era seguro fiarse de aquella gente: que su amistad era fingida; y que la enviaban los Mexicanos para que se declaráse por enemiga quando llegáse la ocasion de la batalla. Oyólos Christoval de Olid: y dexandose llevar con poco exâmen á la misma sospecha, prendió luego á los Caciques, y los envió á Tepeáca, para que determináse Cortés lo que se debia executar. Accion atropellada, en que aventuró que sucediese alguna turbacion entre los suyos, y los que verdaderamente venian como amigos;

Era el Cacique de Guaxozingo, y otros que venian á unirse con los Españoles.

Desconfianzas de este socorro.

Prende Olid á los Caciques, y los remite á Cortés.

pero estos perseveraron á vista de aquella desconfianza, sin moverse del parage donde se hallaban, dándose por satisfechos de que se remitiese á Cortés el conocimiento de su verdad: y los demás no se atrevieron á inquietarlos, porque dieron cuenta, y quedaron obligados á esperar la orden.

Llegaron los presos brevemente á la presencia de Cortés, y se quejaron de Christoval de Olid en términos razonables: dando á entender que no sentían la mortificación de sus personas, sinó el desayre de su fidelidad. Oyólos benignamente, y haciéndoles quitar las prisiones, procuró satisfacerlos y confiarlos: porque halló en ellos todas las señas que suele traer consigo la verdad para diferenciarse del engaño. Pero entró en dictamen de que ya necesitaba de su asistencia la faccion: porque la desconfianza de aquellas naciones amigas, y las voces que habian corrido en el ejército, eran amenazas del intento principal. Dispuso luego su jornada: y encargando á los Ministros de justicia el gobierno y dependencias de la nueva poblacion, partió con los Caciques y una pequeña escolta de los suyos, tan diligente y deseoso de facilitar la empresa, que llegó en breves horas al ejército. Alentaronse todos con su presencia: pusieronse las cosas de otro color: serenóse la tempestad que iba obscureciendo los ánimos: reprehendió á Christoval de Olid, no el haberle dado noticia de

que los puso luego en libertad.

Parte Cortés á su ejército.

aquella novedad, hallandose tan cerca, sinó el haber manifestado sus rezelos con la prision de los Caciques. Y unidas las fuerzas marchó sin mas detencion la vuelta de Guacachúla, ordenando que se adelantasen los mensajeros de aquella ciudad, y diesen aviso á su Cacique del parage donde se hallaba, y de las fuerzas con que venia; no porque necesitase ya de sus ofertas, sinó por excusar el empeño de tratar como enemigos á los que deseaba reducir y conservar.

Tenian su alojamiento los Mexicanos de la otra parte de la ciudad; pero al primer aviso de sus centinelas se movieron con tanta celeridad, que al tiempo que llegaron los Españoles á tiro de arcabuz, habian formado su ejército, y ocupado el camino con ánimo de medir las fuerzas al abrigo de la plaza. Trabajóse con rigurosa determinacion la batalla, y los enemigos empezaron á resistir y ofender con señas de alargar la disputa: quando el Cacique logró la ocasion, y desempeñó su fidelidad, cerrando con ellos por las espaldas, y ofendiendolos al mismo tiempo desde la muralla con tan buena orden, y tanta resolucion, que facilitó mucho la victoria, y en poco mas de media hora fueron totalmente deshechos los Mexicanos: siendo pocos los que pudieron escapar de muertos ó heridos.

Alojóse dentro de la ciudad Hernan Cortés con los Españoles, señalando su quartel fuera de los mu-

Marcha con él á Guacachúla.

Déxase ver el ejército Mexicano.

Dase la batalla.

Cierran por las espaldas los de Guacachúla,

y quedan deshechos los Mexicanos.

ros á los Tlascaltécas y demás aliados, cuyo número fue creciendo por instantes: porque á la fama de que se movia su persona, salieron otros Caciques de la tierra obediente con sus milicias á servir debaxo de su mano: y creció tanto su ejército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachúla con mas de ciento y veinte mil hombres. Dió las gracias al Cacique y á los soldados naturales, atribuyendoles enteramente la gloria del suceso: y ellos se ofrecieron para la empresa de Yzucán, no sin presuncion de necesarios, por la noticia con que se hallaban de la tierra, y por lo que ya se podia fiar de su valor. Tenia el enemigo en aquella ciudad, como lo avisó el Cacique, mas de diez mil hombres de guarnicion, sin los que se le arrimarian de la rota pasada. Los paisanos de su poblacion y distrito se hallaban empeñados á todo riesgo en la enemistad de los Españoles. La plaza era fuerte por naturaleza, y por algunas murallas con sus rebellines que cerraban el paso entre las montañas: bañabala un rio, que necesariamente se habia de penetrar; y llegó noticia de que habian roto el puente para disputar la ribera: circunstancias bastantes para que no se despreciáse la faccion, ni se dexáse de mover todo el ejército.

Vienen otros Caciques con sus tropas.

Jornada de Yzucán.

Fortaleza de aquella villa.

Espera el enemigo de la otra parte de un rio.

Iba Christoval de Olid en la vanguardia con la gente señalada para el esguazo, en cuya oposicion halló la mayor parte del ejército enemigo; pero se ar-

rojó al agua peleando, y ganó la otra ribera con tanta determinacion, y tan arrestado en los avances, que le mataron el caballo, y le hirieron en un muslo. Huyeron los enemigos á la ciudad, donde pensaron mantenerse, porque habian echado fuera la gente inutil, niños y mugeres, quedandose con mas de tres mil paisanos hábiles, y bastimentos de reserva para muchos dias. El aparato de las murallas, y el número de los defensores daban con la dificultad en los ojos, y premisas de que sería costoso el asalto; pero apenas acabó de pasar el ejército, y se dieron las órdenes de acometer, quando cesaron los gritos, y desapareció por todas partes la guarnicion. Pudose temer algun estratagema de los que alcanzaba su milicia, si al mismo tiempo no se descubriera la fuga de los Mexicanos, que puestos en desorden, iban escapando á la montaña. Envió Cortés en su alcance algunas compañías de Españoles con la mayor parte de los Tlascaltécas; y aunque militaba por los enemigos lo agrio de la cuesta, se consiguió el romperlos tan executivamente, que apenas se les dió lugar para que volviesen el rostro.

La ciudad estaba tan desamparada, que solo se pudieron hallar entre los prisioneros tres ó quatro de los naturales; por cuyo medio trató Hernan Cortés de recoger á los demás, enviandolos á los bosques donde tenian retiradas sus familias, para que de su

Gana Olid la ribera.

Retiranse los enemigos á la villa.

Pasa el ejército, y huyen los Mexicanos.

Quedaron rotos en el alcance.

Hállase desamparada la ciudad.